

XAVIER DOMINGO

Periodista

El reto catalán



EL electorado catalán ha contribuido eficazmente en la modificación del mapa político español que se produjo en la noche electoral de ayer domingo.

El catalanismo político, representado por CiU, no ha logrado su objetivo de superar a los socialistas catalanes ni en número de votos, ni en número de escaños en el Parlamento de Madrid. A esta situación ha contribuido el hecho de que ERC le ha restado votos por el lado más radical del nacionalismo, mientras que por la derecha se le han escapado votos hacia el PP. La fuga de votos radicales hacia ERC podría haberse dado más bien entre el electorado joven, mientras que el voto que se fue al PP pertenecería más bien a aquellos catalanes que deseaban apartar al PSOE del poder en el Estado y a falta de claridad en las propuestas de CiU con respecto a futuros pactos, se decidieron por José María Aznar, a quien hay que atribuir sin duda todo el mérito del crecimiento del PP en Cataluña.

De confirmarse los resultados que se fueron anunciando durante la larga noche electoral, CiU se convertía en la cuarta fuerza del Parlamento tras el PSOE, el PP e IU. Con ello quedaba muy satisfecha la vocación de siempre del catalanismo político, que es la de incidir desde Cataluña en la administración del Estado español.

Pero sobre el eventual peso de esta incidencia, los líderes de la coalición nacionalista se mostraban sumamente prudentes. Casi todo el staff nacionalista esperaba un largo mes de junio, muchas horas de reflexión y no menos de negociación y diálogo con las principales fuerzas políticas, exceptuando IU que durante la campaña electoral fue la única formación excluida de todo posible pacto con los nacionalistas catalanes moderados.

EL PAPEL DE ROCA.— CiU ganó en número de votos en las provincias de Girona y Lleida, y perdió por escaso margen en la de Tarragona, mientras que en la aglomeración humana de la de Barcelona, ganó con más claridad el PSC.

Sin duda alguna, el gran triunfador personal de las elecciones en Cataluña fue Miquel Roca, omnipresente en la campaña y ofreciendo una imagen enérgica y abierta a las responsabilidades de la gobernabilidad de España. Ciertamente es que se vio respaldado constan-

temente por Jordi Pujol, como si las profundas divergencias que estuvieron a punto de romper Convergencia hace unos meses hubieran quedado definitivamente superadas, lo cual, según algunos enterados, no sería del todo cierto.

La presencia de ERC en Madrid, con la inefable Pilar Rahola, y de unos 7 u 8 diputados del PP catalán indican que el bipartidismo no es un fenómeno válido en Cataluña. ERC ha anunciado que Pilar Rahola marcará a Miquel Roca en Madrid con más entusiasmo y fuerza que el «Chapi» Ferrer a los puntas rivales del Barça. Será divertido.

¿Qué hay de las esperanzas de Roca de influir en la política de España desde el interior del nuevo gobierno y, a poder ser, desde el Ministerio de Economía? Esta pregunta estaba en la mente de todos los electores de CiU en la noche del 6-J y nadie tenía

Majestic de Barcelona en la noche electoral. Queda sin despejar si esta influencia se ejercería desde el seno de un nuevo gobierno o en el Parlamento, como parece ser el deseo de Pujol, a base de negociar caso por caso, ley por ley, con el nuevo gobierno, sea el que sea y siempre con el programa de CiU en la mano.

DEBATE INTERNO.— En la noche electoral, a la luz de los resultados conocidos y aún inciertos, se dijo que fuera cual fuera la importancia del debate de investidura del nuevo presidente, para CiU lo realmente fundamental sería el debate presupuestario. No puede ser más claro, pero también quedaba claro en Cataluña que el mes de junio iba a ser largo, tanto en Madrid como en la propia Barcelona en donde queda abierto un debate en el seno de la propia coalición nacionalista, cuyo socio democristiano, más cerca de Pujol que de Roca, también tiene voz en la polémica.

En su declaración a la prensa, con un 75% de votos escrutados, Jordi Pujol no quiso decidir nada sobre el próximo futuro y se limitó a subrayar que todas las alternativas posibles piden madura reflexión y abundante palabra. El líder catalán, eso sí, se mostró resignado a que el interlocutor sea el PSOE y no el PP.

Insistió de todos modos, con Miquel Roca, en el papel protagonista y decisivo de su formación recordando que si los socialistas no fueron capaces de resolver ni la cuestión autonómica ni la situación económica con una mayoría absoluta, mucho menos lo podrían hacer solos, con un Gobierno minoritario aunque teóricamente suficiente.

Una vez más los catalanistas se han declarado dispuestos a garantizar la gobernabilidad de España, pero a condición de que se den soluciones a su reivindicación de plena autonomía y de que se adopte la política económica que juzgan necesaria.

Hubo un punto de satisfacción común a todos los candidatos: la participación, que aunque fue inferior a la de otras comunidades autónomas, superó a la de los comicios del 89. Y un punto negro: importantes errores de censo en diversas poblaciones que dejaron sin voto a buen número de electores. Este escándalo indigno de una democracia motivó, como en otras partes de España, abundantes denuncias ante la Guardia Civil.

CONTRA LA CONFUSION

La fórmula Felipe

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

LA transición se ha basado, hasta ahora, en dos versiones de una fórmula de gobierno que entrega la estabilidad política a factores ajenos a la hegemonía electoral. Cosa que sólo puede ocurrir, en un régimen de libertades, cuando la mayoría proviene de una ilusión de los electores. La realidad de los poderes sociales se impone, entonces, a las ilusiones del poder político. La fórmula Suárez elevó al Estado la ilusión del cambio político que padecieron ingenuamente las masas, sobre la falsa creencia social de que se podía llegar desde la dictadura a la democracia sin apoyarse en el poder constituyente del cuerpo electoral. Mientras duró la faena de derribo de las instituciones franquistas y se mantuvo la esperanza de arrancar al Estado las reivindicaciones partidistas o autonómicas, la ilusa hegemonía de Suárez gozó del favor de las clases dirigentes de la sociedad. Pero cuando intentó gobernar de buena fe, sin consciencia de la base oligárquica del régimen que él mismo había fundado, se quedó solo frente a las seis reacciones (monárquica, militar, bancaria, editorial, socialista y liberal) que le «forzaron» a dimitir y que, tras la intentona de autoconstituirse con el general Armada en gobierno monarca-militar-socialista (frustrada a última hora por la rebelión del coronel Tejero), lograron alzarse con el triunfo a través de la fórmula Felipe.

La segunda versión gubernamental encaramó al Estado la ilusión del cambio social que padecieron los electores a causa de otra falsa creencia colectiva: la de que era posible llegar a la modernidad cultural y a la solidaridad nacional, desde la dominación oligárquica del capital financiero, sin apoyarse en la fuerza política de las clases industriales. El mecanismo de la fórmula vuelve a repetirse. Mientras se mantuvo la esperanza de conseguir del Estado las reivindicaciones propias de los sectores oligárquicos que derribaron al Gobierno Suárez, la hegemonía electoral del Partido socialista contó con el apoyo de la clase dirigente internacional y nacional. Pero conseguidos los objetivos militares, bancarios, editoriales y liberales (OTAN, expediciones armadas, Rumasa, monetarismo, autonomía del Banco de España, oligopolio de los medios de comunicación, reconversión industrial, mercado multinacional, privatizaciones, Maastricht, etc.), el «felipismo», a pesar de su mayoría absoluta, deviene inútil como fórmula de gobierno y se convierte, desde la huelga nacional del 88, en una rémora para el Estado mínimo en tanto que parapeto social y político de la corrupción y de las subvenciones estatales. Sin tener consciencia de la razón oligárquica de su prestigio ni del servilismo de su poder ante los más poderosos, Felipe González se resiste a retirarse —como todos los gobiernos prebendarios— invocando su voluntad de corregir los vicios privados y los errores públicos derivados del «felipismo». El oligopolio de la comunicación y sus intelectuales de oficio se agarran a esta última oportunidad de un Felipe sin ataduras de partido. La miseria moral del poder establecido en el Estado encuentra su réplica en el poder de la miseria moral que pastorea la sociedad.

El resultado de estas elecciones mantiene en el Estado una débil pero real hegemonía política, de la que va a depender la estabilidad de la nueva fórmula Felipe. Lo inédito no está en la relación de fuerza entre los partidos, comparable a la que dio lugar a la fórmula Suárez y más acorde con la realidad, sino en la probable necesidad de recomponer la base nacional del gobierno dando entrada al nacionalismo periférico. Este hecho es, de por sí, un factor de inestabilidad. Las aspiraciones políticas del catalanismo son conciliables con la idea del Estado nacional. Pero la fórmula compuesta de Felipe y Pujol no es compatible con la continuidad del felipismo. La hegemonía del Partido Socialista no se debe a otra ilusión de las masas, sino al cálculo de un menor riesgo para la sociedad política, que ha optado por la continuidad de lo establecido, dando un mayor poder de control a la oposición. El hábito de la combinación partidista puede hacer creer que basta la aritmética para eliminar, con una mayoría compuesta en el Parlamento, el riesgo de inestabilidad de la hegemonía relativa conquistada en las urnas por el Partido Socialista. Pero las mayorías compuestas en el Parlamento sólo garantizan la estabilidad cuando los programas de gobierno son coherentes con la combinación partidista. Y es evidente que la nueva fórmula Felipe-Pujol será aún más conservadora que la del felipismo. La estabilidad del futuro gobierno dependerá más bien de su habilidad catalana para impedir que la oposición pueda capitalizar los inevitables movimientos de contestación a la variable conservadora de la nueva fórmula Felipe.

u

na vez más CiU se ha declarado dispuesta a garantizar la gobernabilidad, pero a cambio de plena autonomía y de que se adopte la política económica que juzga necesaria

la respuesta a esta cuestión cuya hipótesis afirmativa, motivó sin duda buen número de los votos obtenidos por la coalición nacionalista.

Pero, tal y como han quedado las cosas, ¿podrá lanzar realmente el nacionalismo conservador catalán su reto histórico? ¿Favorece el cambio del mapa político español las ambiciones estatales de CiU?

Indudablemente, ser en la nueva situación producida en las elecciones la cuarta fuerza del Parlamento español da al partido de Pujol y de Roca una voz más llena de credibilidad y fuerza que antes de estos comicios. «Seremos decisivos», proclamó Roca en el hotel